cios para rescatar los cristianos Numidas que habian reducido á esclavitud los bárbaros del desierto. Recogia el dinero el obispo y lo distribuia por medio de los diáconos, segun las necesidades; pero la Iglesia no poseyó bienes raices hasta el siglo III, porque tenia que obedecer la ley que prohibia á las corporaciones y colegios poseer sin licencia del emperador ó del senado.

La limosna se dividia, por lo general, en tres partes, una para el obispo y el clero, otra para el culto y las ágapes, y la otra para los pobres, viajeros, esclavos, presos, niños espósitos, y para los que padecian ó habian padecido por la justicia, para esto no era óbice la distancia ni la diversidad de naciones, ni creencias, la caridad todo lo allanaba, á todo atendia, por esto censuraba Juliano el apóstata á los suyos en su epístola 49 á Luciano Peregrin, diciéndoles: "que no imitaban á los cristianos que socorrian á los pobres aunque fuesen gentiles.

Esta sociedad pacífica é inerme, en medio de un mundo armado castigaba sus miembros, escluyéndolos de su seno, y así el escandaloso, el apóstata, el homicida y el hereje, eran privados de las oblaciones de los fieles y de sus oraciones, no se comunicaba con ellos hasta que expiaban sus culpas por la penitencia, haciéndose mejores y sirviendo de ejemplo á los demas. Al principio denunciaban los obispos á los excomulgados, luego

se rodeó esta ceremonia de un aparato imponente; doce sacerdotes, cada uno con un cirio encendido, lo arrojaban al suelo y le hollaban con sus piés; en seguida despojaban el altar de sus ornamentos, tendian en tierra la cruz, pronunciaba el obispo la excomunion, se doblaba á difunto y se proferian los anatemas. Si un excomulgado entraba en el templo, se suspendian los divinos oficios, y si no queria salir abandonaba el altar el sacerdote.

Los penitentes se presentaban el primer dia de cuaresma en el dintel de la iglesia vestidos modestamente, y el sacerdote rociaba su frente con ceniza, se dividian en llorosos, que permanecian llorando junto al umbral, oyentes que podian colocarse en el fondo de la iglesia al ofertorio, y los prosternados y consistentes que asistian á la lectura y sermon, fueron admitidos despues al sacrificio, pero no á la comunion, y todos permanecian separados tocando la tierra con la frente, vestidos de luto, desaliñado el cabello, cubiertos de ceniza, absteniéndose de baños, perfumes y festines, viviendo en la oracion y el ayuno y usando el cilicio. Podia el obispo minorar, aunque no eximir de la penitencia, y variaba su duracion segun las iglesias. Solia ser de dos años por el robo, siete por la fornicacion, once por el perjurio, quince por el adulterio, veinte por el homicidio, y el apóstata solo era absuelto en el artículo de la muerte.

Cumplida la penitencia ó reducida por las indulgencias, el mérito de los mártires ó la oracion de los hermanos, se presentaba el recador en la iglesia, y saliendo el obispo, acompañado de doce sacerdotes, le preguntaba si queria someterse á la penitencia católica, y despues de confesar su pecado, implorando la compasion y prometiendo enmedarse, rezaba el obispo los siete salmos penitenciales, tocándole algunas veces con la vara, le absolvia y volvia al seno de sus hermanos.

Hubo penitentes voluntarios, mártires de sí mismos; tales fueron los monjes: tuvieron su principio en Oriente, y se dividian en cenobitas, que vivian en comun, comian y hacian sus ejercicios piadosos, en ermitaños que vivian separados en ermitas y cabañas, en anacoretas que habitaban los desiertos, y en mendicantes que vagaban de pueblo en pueblo distribuyendo signos de devocion, instrumentos de martirio, y mas tarde reliquias, gentes que indignadas de la corrupcion del siglo, se separaban de los demas oponiendo pasiones austeras á pasiones impuras; pero como el cristianismo tenia sus tendencias á insinuarse en la sociedad, los solitarios salian de vez en cuando para enseñar y para corregir con su ejemplo los vicios del siglo. Desprendidos del mundo, solo buscaban la salvacion del alma, mortificando su cuerpo para añadir claridad á las luces espirituales y alcanzar la perfeccion. Los desiertos de la Tebaida estaban llenos de aquellos mártires voluntarios, ni pedian ni rehusaban limosnas; entregados al trabajo y á la meditacion, afábles y caritativos con todos, conservaban algunos un pequeño campo para no estar á merced de otros; tenian cada comunidad su abad, y muchas juntas obedecian á un archimandrita. Allí vivió Pablo, allí se retiró Antonio, y allí le siguieron muchos de sus amigos encantados de la pintura que les hizo de los bienes celestiales, y allí comenzaron los numerosos monasterios que gobernó como padre, y que Pacomio, convertido de soldado de Constantino, en soldado de Cristo, perfeccionó reuniéndolos en casas comunes, ó estableciéndolos en lugares aislados, ó rodeándolos de una clausura y destinando algunos para mujeres. Así la poblacion corrompida del Egipto fué reemplazada por otra de penitentes. Entre ellos vivió el escita Juan Casiano 37 años, reputando su nombramiento para obispo de Panefisis como una espulsion de aquella reunion santa, á la que se creia indigno de pertenecer. Este, tomando la piel de cabra y el báculo, guió á sus hermanos á través de los desiertos, y en los antiguos trogloditos en los sepulcros de la Tebaida encontró una poblacion piadosa y tan austera, que queriendo obsequiarle le pusieron una salsa de sal y aceite, tres aceitunas, cinco guisantes, dos ciruelas y un higo por cabeza.

Se congregaban á orar por la tarde y por la noche, recitaban cada vez dos salmos, que dos ángeles bajados á su seno para entonar la salmodia les habian enseñado, seguian en todo la direccion del que presidia sus ejercicios. Los convocaba á la oracion el sonido de un cuerno, y uno observaba las estrellas para dividir las horas de las vigilias prescritas. De dia solo se reunian el domingo á orar, y el sábado á comulgar; el tiempo restante lo pasaban en sus celdas ocupados en hacer obras manuales, como medio de ahuyentar la ociosidad y ganar el sustento. Cinco mil habitaban el monte Calzimos, quinientos un solo monasterio, mil otro de la Tebaida, dos mil las inmediaciones de Antinópolis; en Oxirinca eran mas numerosos que los ciudadanos, veinte mil vírgenes y mil monjes entonaban allí noche y dia alabanzas al Señor, ejercian la hospitalidad y se dedicaban á la caridad. Mil cuatrocientos monjes formaban parte de la Tabenna en la Tebaida superior, y cuando se reunian en la pascua, llegaba su número á cincuenta mil. Lo restante del tiempo estaba dividido cada monasterio en diferentes casas de veinte á cuarenta monjes cada una, cada casa estaba designada con una letra del alfabeto, que llevaban en la túnica los monjes que la habitaban; así estos hombres apartados del mundo con el espíritu y con el corazon se asemejaban á aquellas plantas que desenvuelven y esparcen

un hermoso verdor sobre áridas y escarpadas rocas, ó como aquel árbol que sin profundizar sus raices en la tierra prospera con solo el rocío del cielo.

La vida monástica se propaga del Egipto á la Siria y á toda la cristiandad; S. Basilio y S. Agustin la dieron reglas sin sujetarla á votos, pero S. Benito la redujo á una disciplina mas rígida. No se consideró á los monjes como parte del clero en un principio, pero despues se entregaron á la predicacion y recibieron las órdenes sagradas, lo que desagradó al clero secular, hasta que por fin el concilio de Nicea en 787 dando á los abades el derecho de conferir órdenes inferiores, aseguró á los monjes la dignidad eclesiástica.

En la reunion tenida por los apóstoles en Jerusalem para fijar el símbolo de la fé comun se encuentran ya las formas de sínodo, convocando los cinco apóstoles que se pudieron reunir, y discutiendo los fieles sobre si los nuevos convertidos estaban ó no obligados á la circuncision y demas creencias judaicas. Presidió S. Pedro sentando las cuestiones, emitiendo el primero su parecer, fundada la decisión en las santas Escrituras y en el asentimiento general, fué espresada con esta fórmula: "Pareciendo así al Espíritu Santo y á nos," y enviada despues á las demas iglesias para que fuese adoptada, y así este concilio sirvió de tipo á los sucesivos: no confando los obispos en sí pro-

EL SACERDOCIO .- TOM. I.

pios llamaban á sus hermanos, y decidiendo en comun, nadie se negaba á ejecutar lo que todos habian deliberado. Algunas veces sin hacer mencion del voto del clero inferior se adoptaba el de todos los fieles, particularmente en asuntos de interes general como las ordenaciones, &c. En Grecia y Asia, donde aun vivia el recuerdo de los Aufictiones y del Panionio, se reunieron los primeros concilios que despues se convocaron en épocas fijas bajo la presidencia del metropolitano; y así como la Inglaterra en los primeros tiempos de su revolucion clamaba por la reunion de sus parlamentos, así la Iglesia deseaba dos concilios al año, no separándose el primero sin fijar la época y lugar donde el otro deberia reunirse, así mantenia la union entre los sacerdotes y se consolidaba la disciplina; en tiempo de las persecuciones los suplian con cartas, reforzados con los cánones de los concilios por el asentimiento de los obispos, sostenidos por los fieles y apoyados por el derecho divino, tenian fuerza de ley en toda la provincia.

Se celebraron, pues, varios concilios; el primero fué en Antioquía (si bien se considera supuesto), el segundo el de Pérgamo, el tercero el de Hierápolis contra las herejías de Valentin de Montano y de Teodoto. Con motivo de celebrarse la Pascua en Asia á los catorce dias de la luna de Marzo segun lo practicaron los apóstoles S. Juan y S. Felipe, y en Roma el domingo despues del

EL SACERDOCIO .- TOM. I.

plenilunio de este mes, segun la celebraba S. Pedro y S. Pablo, se suscitó una controversia que motivó la reunion de varios concilios, y la escomunion de Policrato, obispo de Efeso, por el papa Víctor, si bien S. Ireneo la indujo á no romper por tan poco la comunion, y cada Iglesia prosiguió conforme á su tradicion; hacemos mencion del tercer concilio celebrado en Cartago bajo la presidencia de S. Cipriano, y al que concurrieron sesenta y seis obispos y decidieron administrar el bautismo; el de Arlés, que estableció que el hereje bautizado canónicamente cuando volvia al gremio de la Iglesia no debia volverse á bautizar, y solo bastaba imponerle las manos: el de Ancira, que declaró que el diácono que al imponerle las manos declarase que no podia guardar el celibato pudiese casarse sin despojarle de sus funciones. Aquellas asambleas son dignas de la historia, porque dan á conocer las costumbres y la disciplina de la época, y en ella se ve al pueblo llamado á discutir sus propias creencias, y se ve en la Iglesia tan admirablemente constituida, que permaneciendo inmutable en cuanto al dogma, se adopta en la disciplina á las necesidades de los tiempos y á las variaciones de la sociedad.

Y LA CIVILIZACION.

El concilio de Elvira merece alguna detencion: ochenta y un cánones de disciplina se hicieron allí á presencia del pueblo: los primeros concernientes á la idolatría proveen los casos numerosos que

multiplicaban los hábitos de la vida, imponen penitencias á los que dan espectáculos, á los que proporcionan vestidos para fiestas mundanas; el ama que mata una esclava está sujeta á siete años de penitencia, el delator solo en el artículo de la muerte obtendrá la comunion, el adúltero solo será perdonado al fin de su vida, lo mismo el cómplice en la deshonra de su esposa, el que ayuda á cometer un aborto, ó abusa de mancebos, ó impele sus hijas al mal camino. Se prohibe el divorcio y que las cristianas casen con gentiles & judíos. Se veda ordenar en una provincia al que ha nacido ó sido bautizado en otra, lo mismo que á los libertos de amos paganos. Se prohibe el matrimonio á los obispos, sacerdotes y diáconos, ni tener en su compañía sino sus propias hermanas ó doncellas consagradas á Dios; tampoco deben abandonar su residencia para ir á los mercados; obligan á la cortesana, al cochero del circo y al músico á renunciar sus oficios para ser bautizados. Se prohibe á las mujeres pasar la noche orando en los cementerios para no dar lugar á desordenes. No debe haber pinturas en las iglesias, y el diácono que cometió algun pecado secreto de la ordenacion, si lo declara será reducido á tres años de penitencia, y si otro le denuncia á cinco, y esto nos prueba que los clérigos estaban sujetos á la penitencia pública, cuando mas tarde se necesitó que fueran degradados.

Los emperadores otorgaron privilegios al clero y las iglesias, y Constantino desde luego las dotó espléndidamente; solo á una regaló un tabernáculo de 2,025 libras de plata, y una cruz de 125 piés de altura, y el apostolado tambien de plata, de 90 libras cada apóstol, tasado todo en millon y medio, sin contar ochenta mil francos de renta en bienes raices, y las concedió así como al clero el derecho de adquisicion. Baronio en sus Anales eclesiásticos, año 324, números 58, 65, 70 y 71, refiere las rentas de las casas, tierras, tiendas y jardines de las iglesias de S. Pedro, de S. Pablo y de S. Juan de Letran, ascendiendo todas al valor de veintidos mil monedas de oro, á lo que se debe añadir el aceite, lienzo, papel, aromas y frutos, y así no fué su único recurso la limosna: los donativos y mandas bastaron para el culto, para socorrer los pobres y mantener los ministros del Señor; á los que se prohibió disponer de los bienes adquiridos, y enajenar los eclesiásticos. Encerrando la Iglesia en su seno lo mas selecto por el nacimiento, por la habilidad, por el talento, la esperiencia y la virtud, quiso dar á sus ministros aquel brillo que no aumenta el valor del hombre, pero sí su consideracion elevándole al nivel de los grandes de la tierra, y así el sacrificio que se consumaba en particular en la prision de los mártires, ó sobre los sepulcros y hasta en las celdas por el obispo ó el sacerdote sin otro asistente que el diácono, se celebró solemnemente con todos los obispos ó sacerdotes, y el clero que fué posible reunir, y entonces para mayor pompa se introdujeron los vasos de oro y plata, y los ornamentos de lujo.

Sin embargo, los pontífices continuaban su vida humilde, deseando solo dar ejemplo de constante virtud, sin aspirar á las grandezas humanas. Los primeros, despues de conservar la pureza de la fé y alentar á los que la profesaban, la sellaron con su propia sangre. Tales fueron Pedro, Lino, Clemente, compañero de S. Pablo, de quien nos queda una epístola á los de Corinto; Evaristo, Adriano, Sixto, que introdujo el ayuno cuadrajesimal, Telésforo el Gloria in excelsis. Higinio, Pio, Aniceto, Sotero, Eleuterio, que dicen envió misiones á Bretaña; Víctor que tuvo diferencias con los obispos de Asia sobre el dia que debia celebrarse la pascua. Calisto que mandó disponer el cementerio de la via Apia; Urbano, Ponciano, Antero, Fabian, Cornelio, Lucio, Estéban, que tuvo contestaciones con S. Cipriano; Sixto II, Dionisio, de cuyas obras nos quedan fragmentos; Félix, Eutiquio, Cayo, Marcelino, Marcelo, cuya severidad y contradiciones cantó S. Dámaso, Eusebio, Melquiades y Silvestre. In las y , smort at ab sabasra

Por este breve relato se ve, que á la primera dignidad de la Iglesia tenian acceso todos los hombres, cualquiera que fuese su orígen ó patria, y que las virtudes y la ciencia eran el único escabel que los encumbraba. Su elección se hizo de varios modos, y tuvo diversas alteraciones como todas las cosas, cuya ejecucion está encomendada á los hombres; y para no volver á tocar este punto, nos parece oportuno indicarlas en este lugar. Jesucristo nombró á S. Pedro; desde el sucesor de éste, S. Lino, hasta Simplicio en 468, se hizo la eleccion por el clero y el pueblo: desde Félix III en 483, hasta S. Nicolás en 858, por los reyes conquistadores: volvió á hacerse por el clero y el pueblo, desde Adriano II en 867, hasta Agapito en 946: desde Juan XII en 956, hasta el antipapa Silvestre en 1102, por los tiranos de Italia y los emperadores: volvió á hacerse por el clero y el pueblo, desde Gelasio II en 1118, hasta el antipapa Víctor en 1138. Luego desde Celestino IP en 1143, hasta Gregorio X en 1271, por los cardenales; y desde Inocencio V en 1726, hasta el dia, por el cónclave. Tampoco es indispensable la variacion de nombre, cuya innovacion atribuyen unos á Sergio II, otros á Adriano III, otros á Juan XII, y otros, por fin, & Sergio IV; pues en el siglo XVI Adriano VI y Marcelo II, al subir al pontificado, conservaron el que recibieron en el hoy en el amite, y en el manipulo la comsituad

Al principio los eclesiásticos no tuvieron traje distintivo, y su ropa, como la de todos los cristianos, era el manto filosófico sobre la túnica; el pueblo, en el curso de los siglos, varió este traje, que con muy poca diferencia conserva el clero, y así llegó á vestirse de un modo diferente de los demas. En el siglo IV ya se cubrian los obispos en el ejercicio de sus funciones la cabeza con un gorro ó mitra semejante al de los sacerdotes egipcios y griegos; pero la mitra de doble punta no se usó hasta el siglo VIII en que se la concedió el papa como un favor especial. Hasta el siglo X los pontífices gastaron la tiara sencilla y unida, el XII Alejandro III la ciñó una corona, el XIV añadió otra Bonifacio VIII, y Urbano V aumentó la tercera. Así crecieron los signos entre los cristianos.

El anillo de los caballeros romanos se adoptó como signo de dignidad eclesiástica; el báculo fué de madera ó en forma de muleta como hoy le llevan los sacerdotes griegos, ó corvo por arriba, pulido en medio y puntiagudo abajo; el palio, que era una especie de casulla, fué signo de los arzobispos y reducido á una banda, sobre la cual hay trazadas varias cruces; quizá la estola represente el sobretodo llamado así ó el orarium; el pañuelo blanco que se ciñeron al cuello para no manchar con sudor las vestiduras, se ha convertido hoy en el amito, y en el manípulo la servilleta que llevaba al brazo el que servia la santa mesa; la dalmática es la pænula con una especie de bolsillo cuadrado, era cerrada y redonda; fué al prinsillo cuadrado en certa de contra como contra certa de contra

cipio de lino, y cuando por las labores, el oro y las piedras se hizo pesada, la sostenia el sacerdote en el brazo; se abrió luego y formó la casulla, y el uso que hoy subsiste de sostenerla, cuando alza el sacerdote, es un resto del servicio que prestaba antes el acólito. Hoy, sin embargo, tienen todas las vestiduras un significado místico que la Iglesia les ha dado, y la piedad ha admitido con el entusiasmo de la religion.

Tenemos, pues, á la Iglesia constituida como una monarquía electiva y representativa, que une á la obediencia debida al gefe que se dá el pueblo, la verdadera libertad y la igualdad, y siendo el modelo de los nuevos gobiernos representativos, por mas que la quieran presentar á los ojos de los ignorantes ó sencillos como el foco de un despotismo que condena, y de una esclavitud cuyas cadenas, nadie mas que ella, y sola ella, rompió. Ningun culto supo crear en el mundo una monarquía que pudiera desarrollarse indefinidamente, permaneciendo sumisa una magistratura suprema é infalible, de hecho y de derecho. Príncipe y súbditos, asambleas é individuos, solo obedecen á la ley de Dios interpretada por la Iglesia, á la que dijo Cristo: "El que os oye, me oye: apacentad mis ovejas: lo que desatareis será desatado, y lo que atareis atado: y así la autoridad y la obediencia están santificadas." La potestad moral del pontífice, tan eficaz en la edad media, se redujo á una negacion protectora bastante para impedir que sean holladas la moral y la justicia. El pontífice, magistrado pacífico, pronuncia como pretor con arreglo á equidad en las diferencias suscitadas por el interés, ó la ambicion; como censor, reconviene á los injustos y violentos, y como tribuno, defiende los oprimidos.

Sus ministros, diferentes en un todo de los del órden temporal, están obligados á enseñar una doctrina conocida de todos, espuestos á las miradas del sacerdote, del lego, del incrédulo, lo que rechaza tanto la esclusion de castas de los orientales como las fluctuaciones de los modernos. Acercándose al soberano el sacerdote le recuerda los principios de igualdad y la preferencia que merecen los pobres; hablando al pueblo le predica la sumision razonada. Con el celibato se preparó la Iglesia una milicia dispuesta á llevar la verdad á los confines del mundo, á esponerse al contagio, á velar en el lecho del moribundo, y en la tarima del preso, sin contenerle el sentimiento del amor conyugal y de la paternidad. La suerte de la esposa no le detiene, la voz de los hijos no le hace vacilar, y desprendido así de esos lazos del amor no es su esclavo. La idea de asegurar á su familia un porvenir en la autoridad y en los beneficios eclesiásticos, no pueden inducirle aun en los tiempos mas bárbaros, á sustituir, haciéndolos hereditarios las castas orientales á la unidad cristiana: á no ser por el celibato el mundo entero seria hoy esclavo de los sacerdotes, si los sacerdotes, apartándose de su mision, fueran capaces de dar en su corazon asilo á la ambicion y al despotismo que siempre han rechazado; mas por esta medida previsora se ha salvado, ha podido el cristianismo regenerar el hombre y la sociedad, y el sacerdote, libre de los lazos del siglo, todo espiritual, en medio del materialismo del mundo, puede muy bien decir: "Mi patria es el universo, mi madre la religion, mis hijos los pobres y los necesitados, mi esposa la caridad, y mis obligaciones el bien de la humanidad." ¡Adoptad vosotros igual lema, filósofos del dia!....;Decantados protectores de la humanidad, proclamad y probad que seguís estos principios.... no... enmudeinflerno, envidioso de su cloria, meditó os vendos

la, y aquella planta frondosa llena de lozazia y fragancia debia marchitarse al impulso del soplochasador de mevas persecuciones, para salir de entre ellas más hermosa, más llena de vida y estplendor. Así in palma del desierto, despues de tribular del farioso ismun muestra su hermosa copa, y protège al pasajero convidándole d gustar sus sazonados y deliciosos frates. Ante su heroismo se habian embotado las hachas de los verdugos, ante su virtud habia enmudecido el furor del saronamo y la maledicencia, ante la verdad habia desaparecido la impostura, y en todos los terrodesaparecido la impostura, y en todos los terro-